

Este libro se enfrenta también con los aspectos difíciles y extraños de ciertos elementos del texto que resultan extraños para nuestra cultura. En efecto, como el Apocalipsis se inspira muy a menudo en el Antiguo Testamento presentando aquellas promesas cumplidas en Jesucristo, nuestro autor se esfuerza por explicar aquellas profecías de Israel que nos resultan poco familiares

El autor hace ver al lector que, en gran parte, la dificultad de la lectura del Apocalipsis, estriba en la naturaleza del tema que trata. En efecto, hablar de Dios, de su misterio que desborda por doquier, es una tarea harto complicada. De ahí la incapacidad o dificultad de expresar lo indecible. Las palabras humanas se nos quedan pequeñas para expresar todo este mensaje de Dios que nos sobrepasa. Por eso, la teología echa mano de la poesía para adentrarnos en el misterio. De todas formas, Dios mismo que ha querido revelarse, ha elegido encarnar su trascendencia. Dios ha posibilitado hacerse entender al modo humano.

Algo verdaderamente novedoso e interesante es el esfuerzo que realiza el autor por poner al día todo el texto en un apartado final que él denomina: "Paráfrasis". Se trata de una "traducción libre y actualizada" de todo el texto del Apocalipsis con lo que se nos facilita su comprensión en nuestros días. De alguna forma, el análisis del texto canónico cuyo comentario se lleva la parte del león de esta obra, nos abre el apetito a esta formulación nueva y actualizada que viene al final. A su vez, esta lectura actualizada nos remite al estudio del texto original que nunca hemos de abandonar y que ahora nos resulta más comprensible. Esta obra nos lleva desde el texto original a su comprensión y actualización así mejor, gozar de su segunda lectura.

J. ASENJO

S. C. MIMOUNI, *Le judéo-christianisme ancien. Essais historiques* (París, Cerf, 1998) 547 p. ISBN 2-204-05937-4

Entre una amplia presentación (pp. 11-24) y una breve conclusión (pp. 491-493), el autor ha reunido aquí diecinueve ensayos sobre el judeo-cristianismo antiguo, muchos de los cuales de algún modo ya han sido publicados con anterioridad en sedes diferentes. Su reunión ha servido al autor como memoria de concurso para la habilitación como director de investigación en la Universidad de Provence d'Aix-Marseille-I. Sale a luz tres años después de su tesis doctoral (*Dormition et assumption de Marie. Histoire des traditions anciennes*, Paris 1995), aunque, según su autor, su gestación representa un período de más de diez años de investigación, avalados, por otra parte, por la exposición docente en seminarios y cursos desde 1991, tanto en la Universidad a la que pertenece como en el "École pratique des Hautes Études" de París. Y es importante tener esto presente, pues su exposición, clara y ordenada, dejan ver su acuciente preocupación metodológica y didáctica. Y esta preocupación influye igualmente en el contenido, pues el libro no es "y lo advierte el autor" una síntesis sobre el judeocristianismo antiguo, sino más bien "une étape préliminaire dans un cheminement intellectuel commencé il y a bien des années, en 1982" (p. 24). En este camino,

el autor se ha interesado fundamentalmente de describir las fuentes, no sólo literarias (canónicas, apócrifas, patrísticas, rabínicas), sino también no literarias, basadas especialmente en la arqueología y epigrafía. El autor está convencido de que un verdadero estudio del tema tiene que ser necesariamente interdisciplinar: filólogos, historiadores, arqueólogos y especialistas en epigrafía han de aunar sus esfuerzos para llegar a resultados satisfactorios. Y esto, en un largo recorrido que abarque "les mondes romain comme iranien". El autor es, por otra parte, consciente de que la historia del cristianismo de los primeros siglos es una tarea delicada, no sólo por la escasez de documentos, sino también por su carácter específico, especialmente por las "manipulations successives de toutes sortes qu'ils ont subies au cours de leur transmission" (p. 12). Todo ello hace que este libro sea sobre todo una reflexión inicial para futuras investigaciones, una reflexión necesaria sobre lo conseguido, sin dejar a un lado una visión general y crítica de las diferentes tendencias manifestadas en las escuelas de los s. XIX y XX, que el autor agrupa en el cap. V (pp. 453-474) por naciones y lenguas, en torno a la compleja investigación sobre el judeocristianismo.

Un estudio preliminar (pp. 25-37) da clara idea de la posición en que se va a situar su autor a lo largo de todo el volumen. Podría muy bien, por esto, considerarse programático. Teniendo presente la iconografía de los mosaicos romanos de la iglesia de Santa Sabina (en el Aventino) y Santa Pudenciana (entre el Esquilino y el Viminal), una de las más antiguas de Roma, revisa la posición de B. Bagatti (Jerusalén, 1965 y 1970), que distingue entre la *Ecclesia ex circumcisione* y la *Ecclesia ex gentibus*. Para el autor, una representación bipolar de la *Ecclesia* no corresponde a la realidad histórica: "Il a existé plutôt des Églises de la Circoncision face aux Églises de la Gentilité et non pas une Église de la Circoncision face à une Église de la Gentilité" (p. 35). La representación iconográfica descansa más bien sobre una importante idea teológica: la Iglesia de la Gentilidad ha sucedido a la Iglesia de la Circuncisión, como la Nueva Alianza a la Antigua, teología que subyace también en la iconografía de los mosaicos del s. V de Santa María Maggiore de Roma.

El cap. 1 (pp. 39-72) aborda el tema de la definición del judeocristianismo antiguo, definición difícil de establecer, no sólo por el desacuerdo entre los críticos modernos, sino también por la visión que nos ofrecen los textos antiguos y la dificultad interpretativa de algunos de ellos: Eusebio, Cirilo de Jerusalén, Epifanio, Jerónimo, y el diario del peregrino Anónimo llamado Antonino de Plasencia (c. 570), en que aparece la oposición lexical entre "cristiano" y "hebreo". A esta dificultad contribuyen el silencio de muchas obras patrísticas, las fuentes rabínicas e islámicas, como también el muy diverso vocabulario empleado en la Antigüedad para hablar de los judeocristianos.

A propósito del vocabulario, dedica el autor el cap. 2 (pp. 73-90): sobre las denominaciones de "ortodoxo" y "heterodoxo" aplicadas a los diferentes tipos de comunidades judaizantes: el tipo "ortodoxo" llamado "nazareno", y el "ebionita" y "elkasaíta", ambos considerados heterodoxos, descendientes de la primera comunidad de Jerusalén, ciudadanos de Palestina y Siria (los ebionitas) y de Mesopotamia (los elkasaítas), al menos en los siglos II-V. El autor asegura que, en cuanto al plan de observancias, estos tipos no se distinguían en nada de los demás judíos, mientras que a nivel ideológico hay una marcada diferencia entre ellos (por ej., sobre la naturaleza ontológica de Jesús). La urgente necesidad de una revisión de los conceptos de ortodoxia y

heterodoxia para clarificar la postura de estos movimientos y, sobre todo, para salir del círculo de juicios de valores implícitos en el término de "herejía", ya era clara desde la publicación de la obra de A. Le Boulluec (*La notion d'hérésie dans la littérature grecque, I^{er}-III^{es} siècles*, 2 vols. París 1985), a la que tal vez Mimouni debe no poco.

Los dos capítulos siguientes, divididos a su vez en otros subcapítulos, constituyen las partes principales, y más extensas, del libro. Ambos están dedicados a las fuentes: el cap. III (pp. 91-316), a las fuentes literarias; el cap. IV (pp. 317-452), a las no literarias.

Respecto a las fuentes literarias, el autor hace ante todo una presentación general (pp. 91-107) sobre los numerosos testimonios *indirectos* (canónicos o textos que forman parte del canon del NT, apócrifos, patrísticos y rabínicos) y *directos* (las principales obras judeocristianas), concluyendo con un brevísimo *excursus* sobre Mt como "un évangile à la croisée des chemins" (pp. 108-110), que toma como base un artículo de U. Luz (de 1991). Los temas anunciados en esta presentación general se desarrollan con mayor detención en las subdivisiones que siguen del capítulo III:

Analiza ante todo los testimonios *indirectos*. En primer lugar, los documentos patrísticos más antiguos: Ignacio de Antioquía, Justino, Ireneo y Orígenes (pp. 111-137), que, dada su brevedad, hacen dificultoso un análisis de crítica literaria e histórica que lleve a resultados sin reserva. Sigue un análisis de la discusión entre Jerónimo y Agustín, con un *excursus* sobre el término *ivoudaizontej*, respecto a las comunidades judaizantes en la Iglesia de principios del s. V (pp. 139-159). Y, por último, un interesante estudio sobre la documentación rabínica (pp. 161-188), especialmente la *Birka ha-minin*, tanto en sus versiones palestineses como babilónicas, documento de importancia para el estudio de las relaciones entre judíos y comunidades cristianas judaizantes de los s. I-IV.

Los testimonios *directos* de las fuentes literarias están representados por obras que se consideran nacidas en ambiente judeocristiano, entre ellas la *Didaché* (pp. 193-201); los Evangelios judeocristianos (según unas hipótesis, dos; y según otras, tres), que conocemos por fragmentos, como el de los Hebreos o de los Nazarenos y el de Pedro (pp. 207-230); la Carta de Bernabé, con un *excursus* sobre el templo material y el espiritual del que se habla en el cap. 16 de la carta (pp. 231-255); y la literatura, considerada "heterodoxa": el Evangelio de los Ebionitas, con un *excursus* sobre las Pseudoclementinas (pp. 257-286), y la literatura elkasáita (*Libro o Apocalipsis de Elkasá*), según las noticias de Hipólito de Roma. En un *excursus* (pp. 287-316) vuelve a insistir en la literatura elkasáita mirándola ahora a la luz de la *Vita Mani* del *Codex Manichaicus Coloniensis*, documento de gran importancia para comprender la evolución espiritual de Mani hasta su decisión de romper con su primer grupo religioso y fundar una nueva religión.

El cap. IV, dedicado en sus distintos subcapítulos a las fuentes *no literarias*, tras una visión general (pp. 317-324), seguida de un *excursus* sobre el simbolismo judeocristiano, que ya trataron Jean Daniélou y Emmanuele Testa (pp. 325-336), aborda en primer lugar la documentación arqueológica judeocristiana, de la que fueron principales exponentes B. Bagatti y J. E. Taylor (pp. 337-346). Un espacio importante tiene aquí la arqueología relacionada con el culto (pp. 347-408): por una parte, las cuevas judeocristianas, especialmente las de Betania y el Campo de los Pastores en

Bethsahur, cerca de Belén, con la correspondiente documentación literaria de Eusebio y Jerónimo; y, por otra, las sinagogas: las de Jerusalén, Nazaret y Cafarnaún, también con su relativa documentación literaria. Más someramente se estudia la arqueología funeraria, relacionada con necrópolis y osarios (pp. 409-428): la necrópolis del lugar llamado "Dominus Flevit" en el Monte de los Olivos, y las de Sahedriyah y la de Talpiot, al norte y sur de Jerusalén respectivamente; y los osarios del llamado "Monte del Escándalo" en el Monte de los Olivos y la tumba y osarios de Betfagé. Y en segundo lugar, la documentación epigráfica (pp. 249-252): las estelas-amuletos de Khirbet Kilkish, los amuletos arameos de Alepo, Enmaús, Teqoa y Beirut (junto a otro griego); y las inscripciones de Tafas (en Siria del Sur) y Kerak (en Jordania central).

Filología, papirología, paleografía y codicología, por una parte, y arqueología y epigrafía, por otra, que constituyen un conjunto de disciplinas que hacen difícil la investigación desde una sola orilla, están en la base de estas fuentes literarias y no literarias, de imprecisas fronteras (la epigrafía, por ej., no se considera literaria sólo por el soporte de su escritura!), que marcan una diferencia más teórica que real.

Una demasiado sucinta bibliografía (pp. 495-497), que no recoge las obras citadas a lo largo del libro, sino una selección (en mi opinión, muy criticable), precede a los útiles índices de citas bíblicas, obras apócrifas, litúrgicas y rabínicas, entre otras; de obras y autores antiguos y medievales, y de autores modernos.

En resumen, una interesante conjunto de ensayos sobre la investigación en torno al judeocristianismo antiguo. Con ellos el autor no sólo ofrece un importante y detallado *status quaestionis*, sino que analiza los temas con una buena visión crítica, muy sugerente la mayoría de las veces, a través de la cual se pueden sospechar las líneas que, en un futuro próximo (cf. cap. VI: "Les perspectives de la recherche", pp. 475-490), pueden marcar el difícil camino de esta investigación tan importante para los orígenes y primeros siglos del cristianismo.

A. URBÁN

E. NODÉ, *Flavius Joséphe. Baptême et résurrection. Le témoignage de Joséphe* (Paris, Cerf, 1999) xiv + 255 p.

El famoso historiador judío del siglo II sigue suscitando el interés de cuantos se interesan por el medio en el que se movió el Nuevo Testamento y el cristianismo primitivo. El libro bien documentado de Nodé desarrolla su contenido en dos ejes: el escritor y sus fuentes. Josefo pretende ser un historiador objetivo, por más que su perspectiva sea la de un defensor del judaísmo ante los romanos. Por otro lado se dedica a no dejar que se pierda nada de la documentación bien dispar, que ha reunido. Esto da lugar a que de vez en cuando aparecen en sus famosos escritos dobles o incoherencias, que es necesario rectificar. Las noticias sobre Jesús, Juan Bautista y Santiago, cuyo análisis ocupa una buena parte de este libro, son ciertamente de Josefo, pero no tienen todas el mismo origen. Las de Santiago provienen de Jerusalén, lapidado el año 62 por blasfemia, al término de un proceso suscitado por el sumo